

partido reaccionario no recobró el ánimo detrás de una muralla de bayonetas francesas, de PANTALONS ROUGES, como decía la emperatriz Carlota, no se atrevió á decir lo que tenía en el fondo del corazón : «Quiero un rey.»

\*\*\*

☉ Santa Anna, que era un hombre singularísimo, empeñado en hacerse creer á sí mismo que su conducta política se infería de principios (no añadiremos FIOS, porque los tuvo todos, los rojos, los negros y los blancos), había siempre procurado dar á su gobierno un aspecto monárquico; el boato, la exaltación del elemento militar á todos los honores, á todas las charreteras, á todos los triunfos sociales, parecían destinados á habituar el ánimo popular á la institución monárquica. En Méjico, todo el mundo lo ha dicho, no había nobleza en el sentido oficial de la palabra, ni, propiamente, en el sentido social. Una parte de lo que aquí se llamaba así, se componía de descendientes de nobles de ínfima clase, muchos de los cuales resultaron después, gracias á la fantasía de los genealogistas pagados para ello, de la cepa y sangre de los primitivos reyes españoles (véase la historia curiosísima de los abolenos de las familias mejicanas publicados por el erudito Ortega), y la otra se formaba de humildes burgueses, por lo general mineros que habían comprado sus títulos, mediante un regular número de doblas, en la siempre famélica cancillería de Madrid. En el libro que acabamos de citar se aprende la prodigiosa inutilidad de eso que se llama la nobleza mejicana; nada había hecho por la patria, por la sociedad, por la humanidad, nada que valiese la pena (hubo excepciones que están en la memoria de todos). ☉ Santa Anna, á usanza napoleónica, resucitó órdenes de caballería fundadas por Agustín I, y por poco crea nobles y blasones; por cierto que esto podía echar por tierra el argumento contra la monarquía que fincaba en la falta de nobleza; Napoleón usó la nobleza antigua sin necesitarla; él creó su nobleza, engendró antepasados; eso habría podido hacer el monarca mejicano. ¿Por qué no lo hizo Maximiliano? Porque aquí se habrían reído infinitamente, y la risa de una sociedad es el sufragio universal de la muerte; tenía que hacer nobles militares para atenuar esa risa; nadie rió el día que Napoleón hizo al zafio Lefèvre duque de Dantzig; pero aquí no podía el archiduque dar títulos más que á los franceses, con permiso de su emperador; por ejemplo: hacer á Bazaine duque de Oajaca (algo de esto se dijo). Porque á los mejicanos sólo podía ennoblecerlos evocando los recuerdos de la guerra civil, cosa que repugnaba profundamente al archiduque, precisa confesarlo. Si tal cosa hubiese hecho, habría resultado Mejía, príncipe de la Sierra; Miramón, de Ahualulco, y Márquez, duque de los asesinatos de Tacubaya. Todo ello era imposible. Cuanto á la nobleza vieja, era inusable; la enterró una sonrisa persistente del Consejo de Estado imperial el día que leyó un informe sobre ella el consejero D. Hilario Elguero, que no sólo era el juriconsulto más entendido, sino el más cumplido caballero que había en el partido conservador.

☉ La psicología de Santa Anna es interesante : cualquiera habría pensado que todos sus pasos se encaminaban á preparar una monarquía en Méjico, para reparar su falta de habernos dado la República aun ignorando lo que era, según confesión suya; y esto argüiría en él supremo desinterés, puesto que no sólo rechazó la corona que le ofrecieron probablemente sus conmillones, como Cromwell la rechazó, sino que, lo que Cromwell no hizo, se empeñó en la busca de un príncipe extranjero. ¿Se reservaba el papel de gran condestable ó de gran mariscal? ¿Quién sabe! El hecho es que autorizó gestiones para hacer venir á Méjico un infante español; podía hacerlo; su mandato dictatorial, emanado de la nefasta revuelta de Jalisco, pero por nadie contradicho entonces, lo facultaba para adoptar la forma de gobierno que creyese conveniente á la nación; esto pasaba por el año de 53, precisamente cuando el dictador seguía dócilmente los consejos del Sr. Alamán, que había sido republicano y aun federalista provisionalmente y en los comienzos, mas que nunca había dejado de ser monarquista. En la época de Paredes y Arrillaga, en cuarenta y seis, era más explicable la tentativa de realizar esta obsesión de los próceres conservadores : la guerra con los Estados Unidos se venía encima, y asirse de una alianza europea, aunque fuera la de España, con la añagaza de dar la corona á un infante, era un movimiento convulsivo de naufrago; pero pasada la guerra, ya era un simple recurso político. Por fortuna, los proyectos de Santa Anna, como los de Paredes, desaparecieron en la ruina de la usurpación pretoriana de Paredes y de la tiranía del dictador. Zuloaga y Miramón pidieron con ahinco la intervención europea ¿con ó sin monarca? Lo ignoro; pero precisamente el tratado Mon-Almonte, procurado por la amistosa intervención de Francia, era el preámbulo de una intromisión activa de España en nuestros asuntos interiores; la creación de una EMBAJADA en Méjico á consecuencia de dicho tratado, indicaba el gran papel que aquí se proponía desempeñar la vieja madre-patria. Ya dijimos cuánto influyó todo esto en la actitud del Gobierno de Veracruz, obligado á hacer frente á dos intervenciones probables más bien que posibles : la que proponía descaradamente Buchanan al Senado americano y la que de concierto con los reaccionarios se fraguaba en España.

\*\*\*

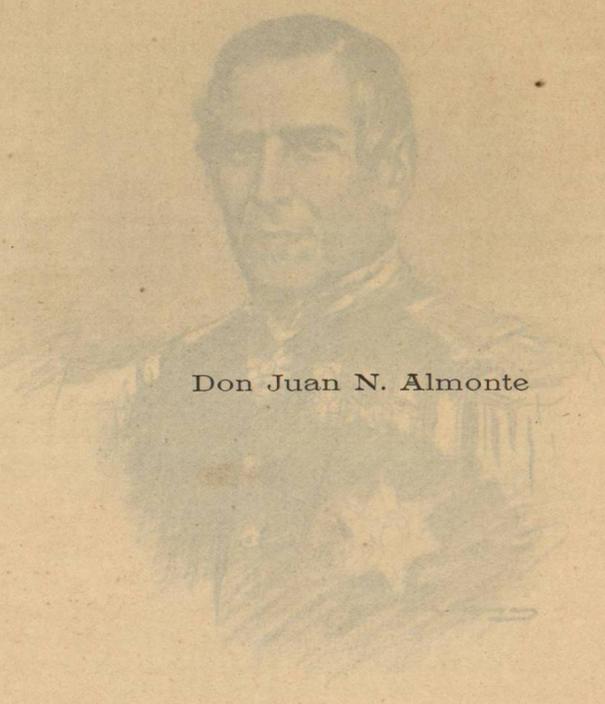
☉ La conspiración en Europa no tomó cuerpo, sin embargo, sino el año de sesenta y uno, después de la expulsión del embajador Pacheco, que parecía deber agotar LA PACIENCIA de España. Los jefes de esta conjura cometían á sabiendas el delito de alta traición; es decir, posponían la existencia de una patria autónoma y libre, á la consecución de un fin político; sacrificaban el SER al MODO DE SER. No pocos de ellos eran hombres de intachable probidad personal, de apego real á la tierra en que habían nacido, de alta inteligencia, de carácter entero; mas ninguno creía en la Patria. Su caso no era el de los que, bajo la espantosa

obsesión de la ruina de su país, se creen obligados á sacrificar atributos de la soberanía nacional á lo substantivo de ella, á la conservación de la vida de la Patria misma; quienes promovieron la intervención europea hacían estribar la felicidad de su Patria en que no fuese independiente, en que se encargase de gobernarla un extraño apoyado en fuerzas extrañas; no la creían capacitada para la soberanía entera; la creían necesitada de una tutela armada, de que una personalidad nacional fuerte y grande se incautase de su administración y dispusiese de ella á su albedrío, mientras llegaba á ser mayor. La falta de fe en la Patria es propiamente la infidelidad, la infidencia.

¶ Se trataba de escoger entre la anexión á los Estados Unidos y la tutela de una nación latina! Ya hemos dicho que, procurando lo segundo, se obtendría indefectiblemente lo primero; pero agregaremos que si ese punto de vista pudo ser un error explicable y natural en los que consideraban nuestras cosas antes del año de sesenta y uno, en este año que fué cuando cristalizó el pensamiento de la Intervención, ni esa apariencia de razón tenía, porque si habla una creencia de que estaban penetrados los intervencionistas y sus patrones, era que los Estados Unidos se habían sumergido en una guerra aniquilante, de la que saldrían impotentes y divididos; el peligro para nuestra nacionalidad estaba indefinidamente aplazado en la convicción de los infidentes mejicanos el día mismo en que se firmó la Convención de Londres. Nada puede, pues, atenuar la falta ni en el momento mismo en que se cometió; no diremos vista desde la capilla del Cerro de las Campanas, porque entonces el crimen político adquiere gigantescas proporciones. Con la tremenda agravante de que, para todos cuantos idearon la terrible aventura, la sangre derramada, la exacerbación de los odios de mejicanos á mejicanos (¡que era lo que la Intervención se jactaba de destruir con insensatez suprema!), y el aniquilamiento del país, y la humillación de la bandera nacional ante el extranjero en los días de la derrota sin término, y el peligro de la invasión americana, y las pavorosas tragedias parciales con que se cerró la tragedia entera, todo estaba previsto no sólo como posible, sino como probable. Y de entre ellos mismos surgieron las voces de alarma, los gritos de Casandra, las cartas de Prim á Napoleón III y á Salamanca.

¶ No tenían fe en la Patria, lo repetimos, creían necesario aplazar su reaparición. Según Alamán, había nacido prematuramente (por culpa del Gobierno español que suprimió con los padres de la Compañía de Jesús el único elemento verdaderamente educador de la gente criolla, el único que podía preparar al mejicano para una independencia nacional); según Alamán, la nación mejicana era un aborto: necesitaba una incubadora para suplir al desenvolvimiento intra-uterino.

¶ Lo que en realidad dominaba en la mentalidad de estos hombres, Gutiérrez Estrada, Hidalgo, Labastida, Miranda ET EJUSDEM ALIIS, era el deber religioso, el anhelo religioso, la imposibilidad de creer que alguna cosa en lo humano pudiera anteponerse al interés religioso; la convicción de que había llegado el momento de elegir entre la Patria y la Religión: esta última era la escogida, con la esperanza de que al fin Dios lo arreglaría todo. ¡Vetusta esperanza que se va



Don Juan N. Almonte

Don Juan N. Almonte



apagando de pueblo católico en pueblo católico y que se extinguirá al fin murmurando : «Mi reino no es de este mundo!»

Entre los dominados por este sordo fanatismo religioso, no de apóstoles sino de cortesanos, no contamos ni al general Almonte ni á muchos de sus secuaces. Almonte no era un hombre de religión, era un hombre de resentimiento y ambición; era un político. Nacido de las entrañas mismas de la Insurgencia, su origen sacrilego y heroico al mismo tiempo le obligó, en cuanto la Independencia fué un hecho consumado y llegó él á la plenitud de la razón, á afiliarse en el partido reformista ó yorkino; las consejas que circulaban entonces sobre la muerte de un personaje sentenciado como traidor á la logia, en la que se atribuía un papel siniestro al coronel Almonte, no contienen sin duda nada de verdad, pero sí demuestran qué grado de exaltación de espíritu se creía que el joven yorkino podía alcanzar. Lo cierto es que Almonte vivía en un honrado hogar, dentro de un medio escolar (su esposa dirigía un pequeño establecimiento de enseñanza en que él daba algunas clases), entregado al estudio, escribiendo libros didácticos (un texto de Geografía), templando su ardiente federalismo de los comienzos en el ascendiente que sobre él tenía el general Santa Anna, formando algunas veces parte de los Gabinetes sobresaltados y efímeros de aquellas épocas, y metiéndose más y más dentro de las aspiraciones del ejército, sobre todo desde que, habiendo sido actor en el estúpido y fatídico desenlace de la campaña de Tepic, había vuelto de los Estados Unidos, en donde había estado ya y á donde debía volver como representante nuestro. Almonte era ministro precisamente en el Gabinete de Bustamante de que debía formar parte Gutiérrez Estrada, si éste no hubiese preferido á una cartera decir su opinión á los mejicanos en pro de la monarquía. Almonte era, puede decirse, el alma de aquella situación; hondísimamente preocupado por el conflicto, que veía inevitable entre Méjico y los Estados Unidos (conflicto que tenía un fin de cínico despojo y el pretexto de la defensa de Tejas y de su derecho á anexarse á la Unión), el ministro de Guerra del general Bustamante había hecho declarar TRAIADORES, casi en los mismos términos en que él lo fué veintidós años más tarde, á cuantos buscasen, con mengua de nuestro territorio ó nuestra soberanía, el auxilio ó la intervención de un poder extraño. Después, cambió la óptica política del general Almonte, pero en aquellos días no necesitaba anteojos para ver claro en sus deberes patrióticos. Como tales reputó, con gran acierto, el salvamento de su Presidente, cuando por sorpresa cayó prisionero de Urrea y Gómez Farías en Julio del cuarenta, y la solemne condenación de la carta y folleto de Gutiérrez Estrada, hecha en ciertas proclamas republicanas de Bustamante, redactadas por Almonte : allí Gutiérrez Estrada era calificado de delirante, de tráfuga, sus escritos de sediciosos y subversivos en primer grado y se conjuraba al ejército á perecer con su jefe supremo antes de consentir en una dominación extranjera, y se decía á los mejicanos : «Cualesquiera que sean las desgracias que os aflijan, jamás os arrepentiréis de la elección que habéis hecho de las instituciones republicanas.» Ahora bien, cuando las ideas de un hombre cambian de polo, exigen, para ser respetadas, la comprobación de una sinceri-